

ra a formas revoladas, porque forma no es solo el tangible y ponderable elemento que el arte elabora, sino también, y más bien la estructura interna del ideal mismo en su más oculta aparición; de aquí, que para darse la verdadera expresión estética no basta la perfecta y acabada y fiel copia de lo real, que en esto solo no estriva lo bello, de ser así, la fotografía fuese a no dudar el más precioso elemento del arte, ni basta siquiera una proporción de igual ponderación entre el realismo y el idealismo, es preciso que el realismo exista ciertamente y de la manera más fiel y acertada, pero que el espiritual ideal prevalezca, no solo porque la finalidad del arte es revelarlo y bajo este aspecto es y será siempre lo principal, sino porque la materia, que de por sí no es bella si no pasa a través de ella un soplo de vida, lejos de contener al espíritu debe ser, a nuestro modo de decir, por él envuelta y sublimada y depurada en todo lo posible de su nativa imperfección y limitación.

El dogma fundamental de toda verdadera estética es este solo; que la verdad, el bien y la belleza deben constituir una sola cosa, y a la luz de este principio debe regularse en el arte el uso de un realismo admisible y acertado. El realismo entra también en la esencia del arte; sin una en-

